

Pequeña antología de Alfredo Villaverde

Oyendo al reloj dar las doce en la plaza mayor de Guadalajara

Escucho el carillón en otra atardecida,
en otro ser cuajado de silencios, de notas
tan antiguas y oscuras como un sonambulario
que golpea el recuerdo armando su memoria.

En esta misma plaza —lo veo— hay una fuente
y en su piso de tierra los niños que golpean
la pelota de trapo. Algún coche que pasa
con su tos de bencina. Entre los soportales
las castañeras velan el frío de noviembre
y un urbano persigue a los más contumaces
que apedrean la noche de risas, travesuras,
con su ingenua fiereza de barrios en algara.

En el sonido grave del ayer me sumerjo.
La ciudad provinciana. El paseo diario.
La levedad del tiempo que pasa de puntillas
y nos deja fragancias de estuco y yerbabuena.

El rumor de aquel beso robador de inocencia
mientras daban las nueve en todas las farolas.
¿Acaso aquella voz, aquel latido hermoso
de músicas serenas se perdió como un eco?

La plaza está desierta. En sus losas desnudas
herida la campana del corazón resuena
mientras bebo el aroma de esta copa vertida
con un sabor amargo de añil melancolía.

Se ha dormido el reloj. La noche va borrando
con sus alas las huellas. Entre las sombras sólo
la herencia del silencio como un mar inmutable
de aquel volver a ser inventando el recuerdo

Y de su libro Guadalajara en la Colección Ciudades Mágicas,
Villaverde nos ofrece su lírica visión de cada edificio,
de cada personaje, de cada momento
en la vida de esta ciudad, tan hermosa...

Otoño en Guadalajara

¡Oh, trompetas del viento, heraldos de la sombra!
Llueve sobre mi corazón y el otoño se entreteje
en los rincones quietos, destila su mística amarilla
en las veredas de los parques, marchita las botargas
de flores y anida en los aleros para darnos
su canto vespéral, melancolía.

Un espíritu invisible va tendiendo su manto
sobre los cuerpos cálidos, sobre la savia de los bosques
y el pequeño latido de las cosas mientras la ciudad,
deshojada y silente, cae de nuevo en tus brazos.